

UNA DÉCADA DE TRANSFORMACIONES EN LOS BALCANES: EL COLOFÓN SERBIO

FRANCISCO VEIGA*

Los sucesos del 5 de octubre del año 2000, que terminaron bruscamente pero sin derramamientos de sangre con el régimen de Slobodan Milosevic, constituyen por derecho propio el colofón a toda una década de conflictos balcánicos que tuvieron como epicentro la antigua Yugoslavia, pero que también comportaron cambios políticos de gran alcance en el conjunto de los Balcanes. Las páginas que siguen pretenden ser el remate a un trabajo anterior del autor en el que se pasaba revista a ese periodo¹[1] y por lo tanto se dividen en dos partes bien diferenciadas: en primer lugar, una descripción de los sucesos que llevaron a la caída de Slobodan Milosevic, y a continuación, un análisis más general sobre la situación en el conjunto de los Balcanes.

Visto ya con una mínima perspectiva histórica, la campaña aérea de la OTAN sobre Yugoslavia, que se prolongó por dos meses y medio y finalizó en junio de 1999, dio al presidente Slobodan Milosevic un balón de oxígeno para seguir al frente del poder, en vez de contribuir a su caída, como parecía ser la intención original de los aliados. En primer lugar, porque era demasiado evidente que la conferencia de Rambouillet-Paris, convocada en teoría para imponer un plan de paz occidental a serbios y albanokosovares, había sido, de hecho, un *diktat* parcial que ningún dirigente serbio, ni siquiera de la oposición, podía haber aceptado sin experimentar un fatal desgaste político. La pretensión atlantista de que sus tropas habrían de tener libre paso por todo el territorio yugoslavo era una medida que ningún estado europeo habría aceptado. Y además, resultaba totalmente innecesaria a efectos operativos, como se demostró más tarde, cuando las unidades de la OTAN ocuparon por la fuerza la provincia y se mantuvieron en ella accediendo sin problemas desde territorio albanés y macedonio.

El desencadenamiento del ataque y especialmente la utilización de bombas de grafito que afectaban indiscriminadamente a toda la población civil – por ejemplo, los cortocircuitos masivos inutilizaban las bombas de agua potable en las ciudades- unió temporalmente al régimen y a la oposición en la denuncia de los bombardeos. El final de la guerra tampoco contribuyó al desgaste de Milosevic. En parte porque la propaganda del régimen hizo correr el rumor de que el presidente había capitulado ante una hipotética amenaza atlantista de arrasar Belgrado o de desencadenar una guerra de destrucción generalizada. Pero sobre todo, y en contra de lo que la propaganda atlantista remachó

* Es profesor de Historia de Europa Oriental. Universidad Autónoma de Barcelona.

[1] El autor de estas líneas expuso sus ideas y propuestas al respecto en el siguiente artículo: “Del continuismo imposible a la ingeniería geoestratégica. Una década de transformaciones sociales y cambio político en los Balcanes, 1990-2000”, en: Gabriel flores y Fernando Luengo (coordinadores), *Tras el Muro: Diez años después de 1989*, El Viejo Topo, Madrid, 2000; vid. pags. 185-242.

triunfalmente una y otra vez, Milošević no firmó el mismo documento que había rechazado en Rambouillet y París. Por el contrario, logró imponer la desaparición de dos puntos importantes: el referéndum sobre la autodeterminación de Kosovo en tres años, y el ya célebre Apéndice B que imponía la extraterritorialidad a Yugoslavia. En consecuencia, pudo presentar esas concesiones ante su pueblo como una victoria cuanto menos parcial. Es más: sin esas dos condiciones, la delegación yugoslava hubiera firmado el acuerdo en marzo y no hubiera sido necesario el ataque de la OTAN. La limpieza étnica llevada a cabo por los triunfantes albanokosovares contra la minoría serbia de Kosovo ante la pasividad de las tropas atlantistas que ocupaban la provincia, fue otro de los sucesos que contribuyeron a que régimen y oposición mantuvieron vivo un ambiente nacionalista del que Milosevic se benefició. Por último, los bombardeos no dejaron postrada a Serbia. El programa de reconstrucciones avanzó a buen ritmo, al menos en lo tocante a infraestructura viaria, mientras en Kosovo el caos social, político y económico se prolongaba.

Pero la vida en Serbia no era fácil. Los bombardeos habían afectado a una infraestructura industrial que ya arrastraba una profunda crisis derivada del aislamiento internacional, las campañas de bloqueo económico y financiero, los gastos en defensa y en las guerras en las que el país había estado implicado más o menos directamente, el desempleo, la corrupción generalizada, las destrucciones de la campaña emprendida por la OTAN. A pesar de que Rusia y también China apoyaron a Serbia con créditos especiales, adelantos y ayudas de todo tipo, parecía increíble que el régimen hubiera podido aguantar tantos años. Milosevic y su sistema poseían un apoyo social concreto, y muchos indecisos temían la llegada al poder de una oposición que podía lanzarse al reparto del poder con mortífero desorden y gula. Además, resultaban desalentadores los intentos por poner de acuerdo a la sopa de partidos y grupos enfrentados muchas veces entre sí por disputas que a veces poco tenían que ver con la difusa definición ideológica. Pero con todo y eso, el régimen de Milosevic muy aislado internacionalmente, se volvía cada vez más policial y paranoico. La prensa oficial mantenía el ambiente de asedio, lo que contribuía a hacer el ambiente más opresivo: la guerra no había terminado, las potencias occidentales mantenían una presión asfixiante, existía un complot internacional contra Serbia.

Lo paradójico del caso era que, efectivamente, una parte de esas denuncias respondían a la realidad. En mayo del año 2000, una agencia británica independiente confirmaba que servicios de inteligencia occidentales habían estado contratando a renegados y mercenarios serbios de Bosnia para detener, incluso recurriendo al secuestro, a presuntos criminales de guerra. Veteranos de la contienda bosnia, buenos conocedores del paradero de sus antiguos mandos, ahora escondidos, y con facilidad para moverse por el territorio de Serbia, lograron capturar algunas presas, posteriormente entregadas a las fuerzas de la SFOR y el Tribunal Penal Internacional de La Haya. Tal había sido el caso, por ejemplo, de Dragan Nikolic, capturado al Este de Belgrado en abril. Seguramente, algunos asesinatos de personalidades vinculadas al régimen de Milosevic cabe atribuirlos a estos círculos (se hablaba de la red *Pauk*, o *Araña*) lo cual a su vez explica otros atentados, verdaderos contragolpes contra objetivos cercanos a las potencias occidentales. Tal fue el caso del general Stephen Saunders, agregado militar de la Embajada británica

en Atenas, asesinado en esa ciudad por el misterioso grupo ultraizquierdista griego *17 de Noviembre*.

Pero el mayor esfuerzo occidental giró en torno al apoyo directo a la oposición política serbia. Ya el 20 de junio de 1999, en la reunión del G-8 en colonia que dio por concluida la guerra de Kosovo, las potencias occidentales advirtieron a Belgrado que no entregarían ayudas económicas para la reconstrucción a Serbia mientras no se produjeran cambios en el régimen. La delegación británica fue aún más lejos y habló claramente de la necesaria partida de Milosevic. Esa actitud se remachó durante la Reunión de Sarajevo, a finales de julio, en la que se dio forma al denominado Plan de Estabilidad para los Balcanes, del cual estaría excluida Serbia, pero no Montenegro, república cuya actitud secesionista le ahorró ataques aéreos de la OTAN y la reportó una cuantiosa ayuda en fondos de desarrollo de la Unión Europea e incluso de los Estados Unidos.

Pero sobre todo, la oposición serbia comenzó a ser objeto de atenciones y ayudas muy particulares. Tal fue el denominado proyecto Energía por Democracia, lanzado por la UE en octubre y respaldado a continuación por los EEUU para abastecer de petróleo y ayudas a los ayuntamientos controlados por los partidos de oposición, comenzado con Nis y Pirot. Como resultado de este plan de ayudas, sólo los norteamericanos admitieron haber suministrado 11,8 millones de dólares en apenas tres meses desde la reunión de Sarajevo, a comienzos de noviembre. De hecho, las potencias occidentales no cesaron en su presión para que los fragmentados partidos de la oposición se unieran en una coalición capaz de plantar cara al régimen de Milosevic. En enero del 2000 se firmó un pacto entre los diversos partidos de la oposición que parecía anticipar la reconstrucción de Zajedno, la coalición que había puesto contra las cuerdas al régimen de Milosevic en el invierno de 1997. Pero ya avanzada la primavera, el escepticismo era la tónica dominante entre los analistas internacionales: la oposición serbia parecía tan insolidaria e incapaz como siempre.

La situación dio un vuelco inesperado a comienzos de julio, cuando Europa ya entraba de lleno en la pausa de las vacaciones estivales. El día 6, la comisión constitucional, con el apoyo de los socialistas en ambas cámaras del Parlamento, anunció que se llevaban a cabo tres enmiendas en la Constitución de 1992. En virtud de la más importante, se introducía el sufragio universal directo para la elección del presidente, sustituyendo a la nominación en las cámaras y se permitía que caso de ganar los nuevos comicios, el presidente Milosevic pudiera continuar por dos términos más de cuatro años cada uno. Además, el nuevo mecanismo implicaba que el papel de Montenegro quedaba seriamente cortapisado, pues en la cámara alta poseían representación 20 diputados por Serbia y otros tantos por la pequeña república, elegidos a su vez por los dos parlamentos, en Belgrado y Podgorica. Al introducir el sufragio universal directo, los 600.000 habitantes de Montenegro poco podían hacer frente a los 10 millones de Serbia. En Podgorica, el anuncio de las reformas pareció dar un impulso definitivo a la secesión, un camino iniciado desde hacía dos años, cuando había ganado las elecciones el presidente Milo Djukanovic, en detrimento de su rival, el socialista y partidario del régimen de Belgrado, Momir Bulatovic.

Milosevic dio su segundo golpe el 27 de julio, cuando anunció que las parlamentarias de la federación serían el 24 de septiembre, y que el mismo día

se celebrarían las municipales serbias. Todavía está por establecer qué impulsó a Milosevic a dar ese paso que, en realidad, iba a resultar fatal. Por supuesto, había una base de enorme autoestima y sobrevaloración del propio poder. También se argumenta que la denuncia del Tribunal Penal Internacional de La Haya contra el presidente serbio, pronunciada en los días finales de la campaña de bombardeos de la OTAN le preocupaba y buscaba asentar su permanencia en la presidencia. Quizá también jugaban otros factores. Por ejemplo, que por aquellas fechas la UE y había bajado el tono de sus denuncia contra el gobierno austríaco, e incluso Haider se había permitido el lujo de contraatacar y amenazar con problemas en la marcha de las instituciones de gobierno y financiación comunitarias. Si el líder ultra austríaco estaba logrando cerrar la boca a Bruselas, quizá Milosevic pensó que podía aprovechar el momento internacional para asentar su poder. Además, las presidenciales yugoslavas se iban a celebrar mientras los norteamericanos estarían inmersos en el tramo final de su campaña electoral de sus respectivas presidenciales. Washington no iba a lanzarse a operaciones de injerencia directa en esos momentos; en realidad los republicanos había insistido en su deseo de reformar la política de los EEUU en los Balcanes en un sentido menos intervencionista. Por otra parte, en octubre tendrían lugar las elecciones municipales en Kosovo, y Milosevic contaba con utilizar a su favor el resentimiento nacionalista que los comicios iban a liberar. Por último, es evidente que la situación de Montenegro jugaba un papel muy importante en estas decisiones. Casi desde su acceso a la presidencia, Milos Djukanovic había estado presionando para obtener una mayor autonomía; en los últimos meses, el pequeño socio federal de Serbia era ya una república virtualmente independiente, que incluso había adoptado el marco alemán como moneda y con ayuda occidental. había convertido a una poderosa policía de 20.000 agentes en un protoejército, que en verano incluso contaba ya con misiles antiáereos y anticarro. Djukanovic solía amenazar a Belgrado con la celebración de un referéndum que presuntamente respaldaría el paso final hacia la independencia. Pero era un secreto a voces que ese recurso era de dudosa eficacia. En Montenegro un tercio de la población era abiertamente independentista, los tradicionales “verdes”. En cambio, otro tercio eran abiertamente proserbios y partidarios del régimen de Milosevic. Y el último tercio eran partidarios de mantener alguna forma de unión federal con Serbia, aunque no mientras Milosevic estuviera al frente del poder. Por lo tanto, no estaba nada claro que el referéndum fuese el camino hacia la independencia de Montenegro. Además, las potencias occidentales no deseaban nuevas independencias en los Balcanes; en todo caso, los norteamericanos estaban utilizando a la pequeña república como un Caballo de Troya para hostigar a Serbia, mientras la UE la mimaba con programas de desarrollo y creación de infraestructuras. Pero no veían con buenos ojos la convocatoria del referéndum. Por lo tanto, forzando las contradicciones del gobierno de Podgorica, Milosevic aspiraba a poner en una situación difícil al contestario Djukanovic.

En todo caso, las enmiendas y la convocatoria de nuevas elecciones presidenciales fueron el toque a rebato de la oposición. Era el ahora o nunca, teniendo en cuenta el creciente respaldo exterior. Fallar era perder la opción a derribar Milosevic y también la credibilidad ante las grandes potencias occidentales. El trabajo fue especialmente arduo, sobre todo a la hora de elegir

un representante común. Ya se sabe que una legión de expertos analizaron uno a uno los candidatos y mantuvieron reuniones con líderes y personajes importantes de la oposición serbia, algunos públicos y otros más discretos y hasta secretos: en Washington, en Sofía pero sobre todo en la ciudad húngara de Szeged, donde los delegados podían trasladarse sin necesidad de visado y en unas pocas horas.

Por fin, tras una serie de idas y venidas con sus correspondientes consultas el 7 de agosto tuvo lugar en Belgrado una asamblea de 15 partidos políticos de donde emergió el candidato presidencial de la oposición unida: Vojislav Kostunica. Era el dirigente del Partido Democrático Serbio (DSS) una minúscula formación, escisión a su vez, desde 1992, del Partido Democrático de Zoran Djindjic. Pero precisamente por ello, Kostunica era el mínimo común denominador, no despertaba las envidias ni el temor del resto de los cabecillas opositores. Denominador al que podía votar cualquier seguidor de los múltiples y dispares partidos que agrupa la oposición unida. En un contexto de líderes con exceso de personalidad y orgullo enfrentados entre sí, Kostunica era el único aceptable, precisamente por su falta de carisma y su talante analítico, concienzudo, aburrido incluso. Además, se trataba de un intelectual nacionalista, tan capaz de manejar esta fuerza y los resentimientos de sus compatriotas como el mismo Milosevic.

De esa manera, las elecciones de septiembre cobraron un enorme interés y el panorama político yugoslavo comenzó a ponerse al rojo vivo. A comienzos de agosto quedó claro que el gobierno nacionalista montenegrino no concurriría a los comicios. El presidente Djukanovic se mantuvo firme en su postura a pesar de las presiones norteamericanas, materializadas en un encuentro con la secretaria de Estado Madeleine Albright en Roma. Entonces comenzó a especularse con la posibilidad de que Milosevic organizara alguna acción provocadora en Montenegro, lo que podría servir para justificar todo tipo de reacciones “excepcionales”, desde un golpe de estado al derribo del gobierno nacionalista de Podgorica.

Pero sobre todo, las primeras encuestas sobre intención de voto comenzaron a dar resultado sorprendentes: ganaría Kostunica. A cada nueva encuesta, la diferencia a favor del candidato de la oposición se acrecentaba; a comienzos de septiembre era ya del 20%. La oposición desplegaba un enorme esfuerzo de organización y propaganda, incluso puerta a puerta, para contrarrestar a los medios de comunicación oficiales, especialmente la televisión, muy partidistas a favor del régimen. Colaboraron en este esfuerzo una tupida red de ONG's creadas en Yugoslavia desde 1997, a partir de las alcaldías que había ganado la oposición. También se intentó atraer por todos los medios el voto de los jóvenes, especialmente de aquellos que votaban por vez primera., que eran del orden de medio millón. Hubo conciertos de rock, masivas epgadas de carteles y pegatinas con mensajes sarcásticos o humorísticos contra Milosevic. Una buena parte de ese material había sido diseñado y puesto en escena con métodos inspirados en el marketing occidental. Pero la ayuda desde esa parte no se limitaba a las ideas inspiradoras. Aparecían en escena de una forma u otra fundaciones norteamericanas como la Freedom House, NDI o USAID. Llegaban importantes cantidades de dinero para la oposición, un hecho que en muchos casos sería admitido más tarde por los mismos donantes: el “Washington Post” llegó a hablar de ayudas por valor de 70 millones de dólares. La Unión Europea suministró fondos a través de su programa “Escuelas

para la democracia”, la Embajada noruega donó cantidades de dinero como ayuda “para los estudiantes”. En Alemania, “Der Spiegel” afirmó que el gobierno había suministrado 90 millones de euros. En Yugoslavia, la oposición, los medios de comunicación independientes y hasta las ONG’s admitían sin ambages estar financiadas desde el exterior.

Tras el gran día de las elecciones, el 24 de septiembre, el recuento de votos estuvo sometido a la doble presión: el embarazoso retraso de los resultados por parte del gobierno, y las denuncias exteriores de fraude, así como la proclamación de Kostunica como vencedor. Por fin, dos días más tarde, la Comisión Federal Electoral anunció que ningún candidato había conseguido mayoría absoluta, aunque admitió la derrora de Milosevic con un 40,2% de los votos, frente al 48,2% de Kostunica, lo que hacía anecesaria una segunda vuelta el 8 de octubre. Era evidente que el régimen intentaba ganar tiempo y organizar algún tipo de alquimia electoral. Mienteras tanto, desde Bruselas y Washington se insistía en que el candidato opositor había obtenido una clara victoria, y la DOS incluso especificaba un 55% de los votos.

El día 2 de octubre, la oposición unida llamó a la movilización en las calles y a la huelga general, aunque no parecía seguro que pudiera lograr resultados decisivos. De todas formas, el paro de la mina de Kolubara, que abastecía de carbón a la central eléctrica de Obrenovac fue visto como un logro prometedor. Mientras tanto, e imposibilitado de encontrar una salida a la situación, el régimen intentó dar marcha atrás en el último momento: el día 4 de octubre, el Tribunal Constitucionale yugoslavo anuló las elecciones presidenciales.

A la consigna de DOS para organizar una verdadera marcha sobre Belgrado, miles de manifestantes se concentraron el día 5 en la capital para pedir la dimisión de Milosevic. Lo que sucedió a continuación no fue tan espontáneo como las simples imágenes televisivas y los titulares de la prensa occidental dieron a entender. Muchos de los manifestantes que procedían de municipios de la oposición, como Nis, Kraljevo, o Novis Sad, estaban bastante bien organizados. Los de la ciudad de Cacak eran la fuerza de choque, organizada pro su alcalde, Velimir Ilic, conocido como “Veljia”. Además, contaban con grupos de veteranos de guerra, con algunos paracaidistas de la brigada 63 o agresivos seguidores de equipos de fútbol, especialmente del Estrella Roja de Belgrado, que tantos voluntarios había dado a la causa extremista serbia durante las guerras de Croacia y Bosnia. Incluso participaron en las protestas de ese día grupos de “chetniks” del Partido Radical de Vojislav Seselj, ansioso por cambiar de chaqueta y hacerse perdonar los años de apoyo al régimen de Milosevic. Algunos líderes de la oposición, como el ex general del Ejército federal Vuk Obradovic, llegaron a manifestar posteriormente que existía un cierto plan de acción y la complicidad de algunos mandos de las fuerzas de orden público y hasta de dos generales del Alto Estado Mayor. El ex jefe de Iso servicios de inteligencia, Jovica Stanisic, depurado por Milosevic en 1998, también contribuyó con útiles contactos. Por lo demás, ciertos grupos de la oposición se ocuparon de tareas específicas ese mismo día. Miembros del grupo de economistas G17 se entrevistaron con el presidente serbio Milutinovic, controlaron el aeropuerto y la Brogradska Banka para prevenir la huida de Milosevic con fondos del Estado.

La enorme manifestación que terminó con la toma del Parlamento y la televisión del régimen, popularmente conocida como la Telebastilla, se convirtió en la imagen símbolo de los acontecimientos que llevaron al fin del régimen de

Milosevic. La multitud, logra desbordar a una leve línea de contención formada por unos pocos policías, que apenas pueden reaccionar, mientras que los refuerzos asisten a las protestas sin hacer nada contra la población. “¡Quién podía decir que era tan fácil...” –se comenta dentro y fuera de Serbia. Pero en realidad ha existido una red de contactos a alto nivel que ha evitado el baño de sangre, así como una asignación de objetivos por ocupar para grupos reducidos y selectos, especialmente los estudios de televisión o emisoras de radio: Estudio B, la RTS, la televisión de “Politika”, TV Palma.

Así fue como el régimen se quedó sin capacidad de resistir, lo que permitió que Kostunica se proclamara presidente de Yugoslavia al día siguiente, pronto respaldado por las fuerzas de orden público y el Ejército, y a pesar de la resistencia a ceder de Milosevic, que contra todo pronóstico permaneció tranquilamente en su residencia de Belgrado y sólo cedió tras la visita del enviado especial ruso, Igor Ivanov. Pero en realidad, el régimen no se hundió “tan fácilmente” en tan sólo diez minutos. Un mes más tarde, muchos analistas occidentales aún se preguntaban si el régimen de Milosevic se había hundido realmente, tras semanas de negociaciones entre el nuevo poder y los diversos pilares del anterior, muchas de cuyas personalidades, como Pavkovic, el general en jefe del Ejército, o la presidencia y el gobierno serbios al completo, continuaron incólumes mientras la heterogénea coalición DOS comenzaba a mostrar sus contradicciones internas más preocupantes y el poder de Kostunica se reducía a las instituciones de una federación en la cuerda floja ante la negativa de Montenegro a volver al redil de yugoslavo.

Desde aquel mes de octubre, el dramático vuelco político acaecido en Serbia ha ido mostrando una nueva situación aún no asimilada por los analistas, debido a que una vez más se repite hasta la saciedad el viejo esquema: una cosa es lo que nos cuenta el negocio de la gran prensa, otra diferente son los deseos de las cancillerías occidentales y una tercera lo que ocurre sobre el terreno. En tal sentido, los cambios acaecidos en Serbia admiten diversas valoraciones. Para muchos analistas de la prensa, los cambios son insuficientes porque no parece que Slobodan Milosevic vaya a ser juzgado en el país o entregado al Tribunal Penal Internacional. Entre los mismos serbios existe un creciente escepticismo porque la mala situación económica no ha cambiado de forma significativa para mejor. En las cancillerías de las potencias occidentales se valora muy positivamente el que los cambios políticos en Serbia, sean de la entidad que sean, no comportaran el desencadenamiento de la violencia que muchos analistas veían como inevitable, lo que avala una capacidad táctica intervencionista cada vez más depurada.

Sin embargo, en el contexto general de los Balcanes, el panorama es realmente desolador en relación a los objetivos de las potencias intervinientes hace cinco años. La evolución hacia la implantación generalizada de regímenes neoliberales en la zona se ha visto seriamente frenada. Dos meses después de la caída de Milosevic, que en teoría señalaba el fin de los problemas en los Balcanes, Ion Iliescu ganó las presidenciales rumanas, lo que para muchos comentaristas es un inaceptable retorno al pasado –perspectiva que los expertos rumanos consideran errónea. En todo caso, la era Constantinescu está muerta y enterrada, víctima de su incapacidad. En Albania y Croacia los gobiernos son también de izquierda, y en Bulgaria los “azules” no han logrado, ni mucho menos, aplastar a la oposición “roja”. Además, recientemente se ha fundado un nuevo partido, liderado por el ex ministro del Interior, Bogomil

Bonev, explícitamente dirigido contra la Unión de Fuerzas Democráticas en poder en la perspectiva de las elecciones del 2001. Por otra parte, ni los protectorados explícitos (Bosnia y Kosovo) ni los implícitos (Albania y Macedonia) siguen sin dar muestras de evolucionar de forma realmente positiva; en realidad prevalece el empantanamiento político, social y económico. A estos problemas, que ya vienen de antigua, hay que añadir una nueva situación, producto del vuelco político en Serbia.

Debido a que el “malvado oficial” de las potencias occidentales (Slobodan Milosevic) se ha deshinchado, todos los actores críticos de la zona tienen ahora la categoría de “buenos”: los serbios, los tradicionales aliados croatas, los bosnios, los albaneses y los montenegrinos. Dado que ese esquema es insostenible tras una década de planteamientos maniqueos, por el momento la prensa occidental está optando por difuminar los problemas y “olvidarlos”. El reaccionario clan de los hercegovinos croatas, que ahora desea la secesión con respecto a Bosnia para integrarse en la madre patria, está repitiendo el esquema planteado por los serbobosnios en 1992, pero ocho años más tarde parece que no hay por qué rasgarse las vestiduras. El gobierno nacionalista montenegrino sigue insistiendo en dejar Yugoslavia y no cesa de dar pasos institucionales en ese sentido, lo cual está provocando la irritación de los protectores norteamericanos, pero el problema no existe porque ha desaparecido de las noticias de la gran prensa. Tampoco se entiende cómo es posible que la KFOR haya dejado pasar por su sector de ocupación en Kosovo armas y bagajes hacia el sur de Serbia para favorecer las operaciones guerrilleras del denominado Ejército de Liberación de Presevo Medvedja, and Bujanovac (UCPMB) que al parecer ha logrado desplegar 1.500 combatientes en la zona. En Rumania ha regresado a la presidencia un triunfal Ion Iliescu, prefigurando un posible futuro retorno de Milosevic dentro de algunos años. Pero la atención se centra en el alivio de haber desbancado en el último momento al extravagante ultraderechista Corneliu Vadim Tudor; no se hacen comentarios sobre los cuatro años de desastroso gobierno del centro derecha más rendidamente pro-occidental.

En realidad, bajo la nueva situación imperante en los Balcanes, tendría que estar claro para los políticos de la zona que la salvación ha de ser para todos en su conjunto, y no para unos a costa de los otros. Pero aún así, bajo los efectos del último capítulo de intervención occidental, las grandes potencias occidentales en general, y los norteamericanos en particular conservan aún un importante ascendiente sobre los balcánicos. Por lo tanto, comienza a ser imperativo que dejen bien claro el hecho de que, de momento y por un periodo de tiempo relativamente largo parecen haberse terminado las motivaciones para las intervenciones salvadoras, y que, por otra parte, tampoco existen soluciones milagrosas.

Pero el principal problema que debería ser explicado con toda claridad a los responsables políticos balcánicos es que de momento y para las grandes potencias se ha terminado la fase de la actuación política “contra” y ha sonado el momento de las soluciones integradas. Por supuesto, ha pasado la época de dar pávulo a las interminables argumentaciones utilizando el pasado como justificación, las supuestas venganzas de la historia y otros cuentos balcánicos que en Occidente se han amplificado hasta el absurdo y siempre terminan por no explicar nada, llevando a ninguna parte. En el actual momento de la integración europea tiene poco sentido que los hercegovinos decidan irse de

Bosnia y contruir una frontera fortificada. O que los albaneses sueñen con aumentar sus problemas cargando con Kosovo. La cuestión es que, como ha quedado meridianamente claro tras la cumbre de Niza, los países que se enzarzaron en guerras y en los viejos problemas de las fronteras han quedado excluidos de la integración, lo cual es perfectamente lógico y no afecta a los que decidieron separarse sin violencia, caso de la República Checa y Eslovaquia.

Eso es algo que tendría que recordarse con más frecuencia en la gran prensa occidental y en sus cancillerías, tan inclinadas al intervencionismo balcánico, en vez de perderse en polémicas sobre quiénes tienen derecho a seguir siendo el peón de las grandes potencias y por lo tanto, a recibir más o menos favores que en su momento despertarán la inquina del vecino. Dicho de otra manera, ha pasado el momento de movilizar a los albaneses, croatas y montenegrinos contra los serbios y de hacer promesas ficticias sobre el premio a repartir. El verdadero trofeo era la integración en la Europa rica y en ese sentido, Croacia ha quedado a la altura de Albania, Macedonia o Bosnia, y en Serbia los cambios más o menos cosméticos no han servido para torcer el camino hacia el mismo destino, iniciado hace una década. A falta de todo ello y con muchos años por delante de espera, las potencias intervinientes deberían dejar de lado fórmulas teóricas supuestamente aptas para todos los Balcanes. No es tiempo de iniciar nuevas cruzadas sino de empirismo, de soluciones realistas adaptadas a zonas concretas de programas puntuales de desarrollo, bien estudiados y que den el máximo protagonismo a los actores regionales. La vieja parábola del pescado y la caña es, en estos momentos, la más apropiada.